

Más allá del trauma, la herencia política en la literatura de hijos. *El Diario de una Princesa Montonera*, de Mariana Eva Pérez.

Pablo Dema¹

Resumen

En este trabajo reviso algunos estudios que se refieren al corpus consolidado de la literatura de hijos de desaparecidos, militantes y exiliados políticos de la década de 1970. Me propongo mostrar que en los estudios críticos el énfasis está puesto en la infancia de los hijos, en su condición de víctimas directas o indirectas del terrorismo de estado y en el trauma sufrido y sus consecuencias. Si bien estos análisis son fundamentales para la caracterización de este sujeto social, mi posicionamiento es que debemos considerar otro aspecto de la identidad de las hijos: el modo en que construyen una herencia política a partir de una revisión crítica de su pasado familiar, el cual es a su vez un capítulo de la historia política reciente. Quiero mostrar que en los propios textos los personajes-autores de las obras literarias con reminiscencias autobiográficas reclaman para sí el rol de actores políticos en el escenario actual, a partir de un legado construido desde la superación de las pérdidas afectivas.

1 - UNRC – Facultad de Ciencias Humanas, Dpto. de Letras. - pdema@hum.unrc.edu.ar

Más allá del trauma, la herencia política en la literatura de hijos. *El Diario de una Princesa Montonera*, de Mariana Eva Pérez.

Un corpus consolidado

Cuando vemos cotidianamente que, en medio de la catarata de novedades editoriales, aparecen textos como *Los mundos que perdimos*, de Juan Aiub, o *Lo que aprendí de las bestias*, de Albertina Carri, ambos de 2021, sabemos que serán remitidos a un corpus ya consolidado de textos que, conjuntamente con una importante cantidad de artículos y tesis, conforman un abigarrado núcleo discursivo en torno a la identidad de los hijos de los militantes de la década de 1970.

La serie de textos de autores muy estudiados y vinculados entre sí reitera los nombres de Raquel Robles, Laura Alcoba, Marta Dillon, Angela Urondo Raboy, Félix Bruzzone, Ernesto Semán y Patricio Pron, entre otros, y reclama, puesto que toca el tema de las vidas infantiles afectadas por la violencia política instrumentada por el estado genocida, una mirada atenta sobre el tema del trauma infantil y sus efectos. En esa línea podemos nombrar, a modo de ejemplo, el importante libro de Teresa Basile, *Infancias, la narrativa argentina de HIJOS* (2019) y una tesis doctoral codirigida por Basile centrada específicamente en el trauma: “Trauma individual y cultural en la narrativa de los hijos argentinos”, defendida por Marteen Geeroms en la universidad belga de Gante (UGent) en 2021.

En este trabajo quiero poner a discusión la hipótesis de que una parte del *corpus* de la literatura de hijos puede ser leído más allá del trauma, ya que el duelo realizado da lugar a una identidad que se consolida a partir de la construcción de una herencia política que toma como base los valores legados por los padres.

Más allá del trauma

En un trabajo anterior² esboqué esta hipótesis a propósito de una novela de Patricio Pron que comparé con *Hasta que mueras* (2019), de Raquel Robles. Ahora la profundizo a propósito de la relectura de *Diario de una princesa montonera*, de Mariana Eva Pérez.

Sostengo que en el *corpus* de los hijos se puede leer un Relato Maestro³ con algunas funciones que se reiteran: la “infancia clandestina”, el hito de la desaparición de los padres (con variantes: es uno de los dos padres el que desaparece, se produce un exilio abrupto de un miembro o de toda la familia), la crianza por parte de familiares o apropiadores, la posterior búsqueda de información sobre

2 “¿Qué hacer con el pasado? Algunas respuestas desde las ficciones de posdictadura de Raquel Robles y Patricio Pron”, Boletín GEC, n.º 27, 2021. <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/boletingec/article/view/4886>

3 Tomo la idea de Relato Maestro de Fredric Jameson (1982), en este caso usada en el sentido de estructura común de los relatos.

los padres (datos sobre el cautiverio, destino de sus cuerpos, etc.), el trabajo de elaboración del trauma y la construcción de una identidad adulta que implica una evaluación global y una síntesis del pasado de los padres con respecto a la cual se consolida un proyecto de vida. Voy a mostrar que el texto de Mariana Eva Pérez está regido, como el resto del corpus, por el Relato Maestro de la historia de los hijos; sin embargo pondré énfasis, por un lado, en la singularidad del personaje que ella construye (en tensión con las organizaciones de DD.HH y con el discurso académico) y, por otro, en la construcción de una herencia política que surge de su evaluación del legado de los padres.

Diario de una princesa montonera. 110% verdad

Este libro tiene su origen en un blog del mismo nombre que la autora llevó adelante alrededor de 2010. Fue publicado en 2012 por primera vez y reeditado en 2021 con dos importantes agregados. A la parte original de la sección “1. Diario de una princesa montonera” se le agrega ahora la “2. La fiesta modesta (2011-2015)” y la “3. Mi pequeño Nüremberg (2016-2018)”. Además el libro tiene un Epílogo, un Vocabulario de términos en alemán (donde transcurre parte de la historia) y una sección de agradecimientos.

La primera parte se inicia con dos frases tomadas de canciones. La primera, en francés, pertenece al dúo Amadou & Mariam y dice: “Es medianoche en Tokyo, son las 5 en Mali. ¿Qué hora es en el paraíso?” El segundo pertenece al grupo Bomba Stéreo y dice: “No quiero cantarles a los que están ausentes. Quiero cantarles a los que están presentes”. La primera entrada es un “Saludo”, el cual marca el tono del diario: “Desde mi terraza en Almagro, tierra liberada, en puntas de pie entre dos macetas, agito mi mano lánguida hacia los balcones de los contrafrentes y te saludo, oh pueblo montonero. Del otro lado del mar quedaron el francés, el frío, las flores verdes. Extrañé mi casa, mi castillo de cuentos de princesa. Durante meses viví en...” (Pérez, 2021, 13). Y sigue una enumeración de residencias temporales en Francia, Bélgica y Alemania, donde la autora estuvo por razones de estudio. Y un poco más adelante, en la misma entrada y página, nos dice: “En Almagro es verano y hay mosquitos -y si esto fuera un testimonio también habría cucarachas, pero es ficción-”.

Como ya se puede advertir, el recurso literario dominante es el uso irónico y humorístico de una retórica que combina el lenguaje de la gran política con el de la realeza en un tono de cuento de hadas. La enunciativa se construye como una “princesa”, descendiente de una pareja de Montoneros de auténtico linaje peronista, que retorna a la patria después de su viaje de formación por Europa y le cuenta a su pueblo montonero las alternativas de su reinserción a su contexto, marcado por el trabajo intelectual y la militancia en el ámbito de los DD.HH y con hijos de desaparecidos.

Desde el principio menciona que tanto a ella como a su amiga Gema las echaron de una organización de DD.HH no nombrada sino indicada con unos asteriscos. Esta información escatimada o borrada entra en tensión con otras marcas genéricas como la declaración de que el texto es “ficción”

y que “si fuera un testimonio” diría cosas que tal vez son muy crudas. Estas fintas iniciales marcarán un tipo de pacto de lectura ambiguo reforzado por la expresión “110% verdad”. El texto es de “ficción” pero también es “verdad”, no solo todo verdadero (el 100%) sino más, ¿qué significa ese supuesto plus de verdad indicado con el 10%? Sin duda tiene el efecto de contribuir a la ambigüedad del pacto de lectura, ya que la enunciativa, al hacer una declaración ilógica (no se puede decir la verdad y un poco más) se construye como un personaje ambivalente que echa un velo de desconfianza sobre su propio discurso. Ese pacto ambiguo se sostendrá hasta el final, cuando nos cuenta que luego del segundo viaje a Europa para doctorarse regresa y, acto seguido, nos dice que no, que se queda viviendo allá. “Mentira (...) No volvemos...” (Pérez, 2021, 374). Estas marchas y contramarchas definen el pacto ambiguo de lectura. Por una parte, sabemos que se trata de un texto que incluye datos verídicos porque la información sobre la desaparición de sus padres son fidedignos y comprobables (sobre todo el juicio a sus secuestradores) y porque declara que el tema de la desaparición de sus padres la obliga a dar testimonio: “El deber testimonial me llama. Primo Levi, ¡allá vamos!” (Pérez, 2021, 16). A su vez notamos que muchas veces escatima información o nos dice que cambia nombres de personas reales con las que tuvo algún conflicto. Por otro lado, la ficha catalográfica del libro compuesta por la editorial lo categoriza como “ensayo”, que es un género no narrativo ni ficcional, mientras que la narradora califica su texto como una “autoficción” (p. 364). Si nos atenemos a estas declaraciones y a las marcas textuales podemos decir que es ésta la etiqueta genérica más apropiada, teniendo en cuenta que, como la definen los especialistas en ese género: “Los relatos autoficticios son relatos ambiguos porque no se someten ni a un pacto de lectura verdadero, ya que no hay una correspondencia total entre el texto y la realidad como la que postula el pacto referencial, ni ficticio, porque se mantienen en ese espacio fronterizo e inestable que desdibuja las barreras entre realidad y ficción. La autoficción constituye un subgénero híbrido o intermedio que comparte características de la autobiografía y de la novela. En ellas se alteran las claves de los géneros autobiográfico y novelesco y el pacto se concibe como el soporte de un juego literario en el que se afirman simultáneamente las posibilidades de leer un texto como ficción y como realidad autobiográfica” (Musitano, 2016, 104).

Esta inestabilidad de la que habla Musitano es visible en ciertas marchas y contramarchas que percibimos a lo largo de la lectura, por ejemplo en relación con la decisión de cambiar algunos nombres propios. En efecto, cuando la narradora cuenta que asiste a una muestra de Lucila Quieto nos dice que ella es a quien anteriormente llamó “Victoria”: “me arrepiento de haber anonimizado a mis admirados compañeros hijis, de haberlos sacrificado en el altar de la ficción”. No del todo, por supuesto, porque nombra a Félix Bruzzone, Virginia Croatto, Julián López, Albertina Carri y Benjamín Acuña con sus nombres reales en otros momentos. Esto da cuenta de la impronta inestable

de la escritura autoficcional del blog (base del libro), que tiene como consecuencia hacer visibles algunas contradicciones de este tipo.

En las sucesivas entradas del diario se va configurando la historia de Mariana Eva. Primero familia e infancia: abuelos maternos judíos (la abuela Site), abuelos paternos (José y Argentina), el padre y la madre (José y Patricia) desaparecidos cuando Mariana tenía quince meses, datos insuficientes sobre el destino de los padres, la información de que Mariana (entregada a su abuela paterna por los militares), tiene un hermano menor nacido en cautiverio, en la ex-ESMA. Esta historia de MEP no es, como dije, única en la Argentina bajo el régimen militar. Desde el inicio la autora delinea una serie de marcas identitarias generacionales determinadas por la situación de la desaparición de los padres enmarcada en lo que he llamo el Relato Maestro de los hijos: sufrimientos y carencias comunes, marcas que los conflictos políticos dejaron en una generación completa. En una entrada compuesta casi como un poema con el recurso de la enumeración de personajes de telenovelas, de novelas juveniles y de clásicos con huérfanas (Heidi, Jane Eyre, Annie, Rose, Antígona, Andrea del Boca) delinea esta identidad colectiva.

[Las hijas de los desaparecidos somos]

“Todas Princesas Guerrilleras

hijas de la revolución y la derrota.

Antígonas y Hamlets, todo en uno, en una.

Niñas

que saben coser y saben bordar

pero la parte de abrir la puerta para ir a jugar te la deben

porque se hicieron responsables por todo demasiado pronto

por lo que recordaban y por lo que habían olvidado

(...)

Crecieron

las princesas

Son mayores

que Andreíta, que Annie, que Rose, que sus madres (...)

Sobrevivieron.

Ya se tiñen el pelo y se ponen cremas.

Y siguen siendo princesitas huérfanas

de la revolución y la derrota

en el exilio eterno de la infancia” (Pérez, 2021, 22).

Encontramos elementos relacionados con dos funciones con presencia constante en el Relato Maestro presente en el *corpus* de la literatura argentina de hijos como son la sensación de orfandad en la infancia y las secuelas de esa experiencia en la adultez. Con respecto a lo primero se nos dice que el elemento del juego, expresión básica de una infancia sana, quedó pendiente. En segundo lugar, las hijas de desaparecidos son adultas pero permanecen “exiliadas” (fijadas psicológicamente) en la infancia y en la situación de orfandad. Esta situación bosquejada abre lógicamente posibles narrativos: la conciencia de una herida psicológica y sus efectos (por ejemplo MEP, al ser madre, experimentará un terror súbito e irracional de que le arrebatan a su bebé cuando éste tiene la misma edad que tenía ella cuando su madre fue secuestrada) provoca los intentos de procesar el trauma. La posibilidad de llevar una vida adulta normal dependerá del nivel del daño sufrido y de los recursos y posibilidades que tenga cada persona de tratar o procesar esa experiencia de la infancia. A mayor monto de recursos culturales y económicos le corresponderá una mayor probabilidad de éxito en esta tarea, aunque la desaparición de los padres constituye una herida psíquica imposible de restaurar completamente, como queda dicho en un pasaje en el que MEP se identifica con la experiencia del sociólogo Gabriel Gatti, también hijo de desaparecidos. Dice Gatti citado por MEP: “Hacer identidad desde un lugar lleno de heridas, agreste, incómodo, sabiendo que la identidad que se hace ahí no puede renunciar a esas marcas que el trauma acuñó acuña, pero que, por raro que sea, es un lugar vivible, pensable, creativo incluso. Que el vacío que la desaparición forzada de personas produce es habitable y narrable. Y a veces, agradable (Gatti, en Pérez, 2021, 25).

Hasta aquí las palabras de Gatti y el acuerdo, la necesidad de “hacer identidad” desde la experiencia dolorosa. Y luego la reflexión de MEP: “Gabriel está hablando de esto que escribo, de mi amistad con Gema, Mateo, Ernesto, Victoria, de las tardes de collage y las reuniones que se estiran hasta la madrugada más que nada porque nos gusta estar juntos. Pero ¡ojo! Que somos muchos los hijis, millares estamos calculando, y somos solo una minoría muy privilegiada, urbana, educada, politizada, psicoanalizada, criada en el ghetto o al menos con una antigüedad considerable dentro de sus murallas, los que podemos revertir el signo de la marca”. (Pérez, 2021, 126).

No totalmente, no absolutamente, pero se puede “revertir el signo de la marca”, superar el trauma. Los medios o condiciones para hacerlo son varios, a veces operando juntos: la contención de las organizaciones de DD.HH (el “ghetto” indica pertenencia crítica a ese círculo), la terapia psicológica sostenida, la posibilidad de estudiar, los recursos económicos que se derivan del trabajo, de las becas obtenidas y los resarcimientos que el Estado ofreció. En este trabajo sostengo que es posible, a partir de la observación de la trayectoria de cada personaje del corpus, mensurar el daño, apreciar las estrategias de restaño parcial del padecimiento. Y sostengo la hipótesis de que tiende a haber una relación de convergencia entre el mayor daño sufrido y la imposibilidad de desarrollar un proyecto existencial enlazado significativamente con la sociedad y entre el daño menor

y la acción ético-política positiva en el otro extremo. MEP aparece como una persona dañada a un nivel que no le impidió estudiar, establecer vínculos sanos, involucrarse en política y enfrentar instancias judiciales con entereza frente a los verdugos de sus padres. No se trata de disminuir la gravedad de lo padecido sino, por el contrario, de remarcar la capacidad de recuperación demostrada.

Una identidad política en tensión con las instituciones y la academia

Si por una parte la orfandad es una situación que genera empatía entre los hijos y da lugar a una identidad grupal, la posterior participación política de MEP genera tensiones con los pares debido a que amenaza la individualidad con su tendencia a codificar conductas, significados y modos de expresión, cuestión que se acrecentó cuando la memoria devino una política del estado argentino a partir del gobierno de Néstor Kirchner. La reacción, como se verá en el caso de la Princesa, es romper con el deber ser de la organización y la línea política estatal. Pero esta ruptura abre la puerta a la pérdida de potencia política del grupo de referencia, excesivamente disgregado, el cual da espacio a otros agentes sociales que disputan los sentidos (y los afectos) ligados al pasado⁴. Esos nuevos actores se vuelven la causa de una necesaria reacción, si se quiere defensiva, que consiste en retomar las modalidades comunicativas más consignistas y grupales.

Como dijimos, el gesto de MEP de dejar de lado la denominación de *hija* (miembro de H.I.J.O.S) o militante y de autodenominarse “princesa montonera”, implica un primer distanciamiento irónica de la identidad grupal. Así queda en evidencia que ella no se siente completamente identificada con los militantes de la organización, a una de cuyas “alas” denomina “militontos”. Esta y otras intervenciones “incorrectas” son presentadas con cierto desparpajo y con toques de humor negro, lo cual resulta chocante para un lector que es interpelado en sus modos de pensar y de sentir en relación con los DD.HH. Parece entonces que hay una “corrección política” que ordena el pensamiento y la sensibilidad en este ámbito, corrección que el libro de MEP expone para deconstruirla; dicho de otro modo: hay un modo de ser hija de desaparecidos (una identidad biológica y política) institucionalizada y sacralizada que es necesario flexibilizar.

Efectivamente, a poco de iniciar el texto leemos que “La princesa montonera cumplió con todo lo que indica el protocolo”: “En la niñez, reverenció la palabra de sus nobles padres ausentes (...) En la adolescencia, lloró su suerte desdichada y odió a los militares. (...) A los veinte, se abocó a la búsqueda de compañeros de militancia” (Pérez, 2021, 29). Este fragmento nos muestra que Mariana construye un punto de vista y una posición que la sitúa al margen de las formas institucionalizadas de las organizaciones de DD.HH, indicando que éstas tienen un aspecto ritualizado

4 Las agrupaciones que oscilan entre el negacionismo y el reclamo de “memoria completa” cuyo punto de partida es la inadmisibile equiparación de la violencia armada ejercida por los algunos grupos de izquierda y la del Estado genocida.

y burocrático que amenaza con generar estereotipos identitarios contra los que ella se revela. La Princesa hace todo lo que tiene que hacer, averigua sobre sus padres y su hermano y se transforma en querellante en la causa que juzga a los militares que secuestraron a su familia, pero está cansada del “temita” (de los DD.HH), de ser “hiji”, de cumplir una suerte de guion identitario marcado por las organizaciones y los “compañeros”. El humor irreverente y el tono irónico son las estrategias retóricas que la ponen a distancia de esas políticas oficiales de la memoria. Sin embargo, esta tensión con lo grupal nunca termina de resolverse en un quiebre con ellas; MEP está un poco a disgusto en las organizaciones, siempre haciendo críticas, pero finalmente contenida por ellas. Esto se puede ver, por ejemplo, en el momento en que dice que le pidieron una audiencia a Néstor Kirchner durante su presidencia para solicitarle ayuda con un proyecto referido a las historias de vida de los desaparecidos. MEP se nombra como parte de un “nosotros” y enseguida agrega: “Esta primera persona del plural es muy ambigua, ni siquiera estoy segura a qué clase de *sujeto colectivo* alude” (Pérez, 2021, 143). Luego dice: “Con el ala nerda y crítica de ese grupo informe -ala que fatalmente integro en cualquier orga-, decidimos...” (2021, 143). El ala “nerda” está constituía por miembros de HIJOS muy activos y críticos que realizan severas impugnaciones a algunas figuras políticas que están en el gobierno y que vienen de la militancia de los ‘70, en especial una persona nombrada como el “Nene”, presentado por MEP como un personaje manipulador e inescrupuloso. Con todo, en el pasaje citado queda en evidencia la pertenencia descentrada y crítica, pero pertenencia al fin, de la autora en la narrativa hegemónica de las organizaciones de DD.HH/gobierno kirchnerista de esos años.

Más adelante alude a los “kirchneristas convencidos” y a “los conflictuados como yo”. Y cuenta que “Un hiji funcionario escribe una carta abierta de hijis sin puntitos, hijis a secas, sin encuadrar. Mentirosa. Me la pasan para firmar. No me entusiasma pero mis nuevos cumpas la firman y hoy necesito ser orgánica” (Pérez, 2021,147). Están los hijos institucionalizados, los que se fueron, los que nunca entraron a HIJOS y los que están en el gobierno. Las diferencias proliferan y los posicionamientos son inestables. Pero también entre las mismas organizaciones de DD.HH hay tensión. Por ejemplo MEP nos habla del pañuelo de una organización de DD.HH, posiblemente Madres o Abuelas que “no es mío. Y nunca lo fue. Mío era el de H.I.J.O.S., a pesar de todo, o justamente a causa de todo eso. Y no, no lo tengo. Lo tiré” (Pérez, 2021, 119).

Si el primer elemento mencionado permitió mostrar la existencia de una identidad social-política a la cual un sujeto particular se encuentra asociado pero en tensión, teniendo una “pertenencia crítica”; hay otro momento en el que se puede apreciar esta tensión identitaria, en este caso en relación con otros sujeto social que podríamos llamar “los académicos ideológicamente afines pero no familiares de víctimas”. En efecto, MEP hace mención al trabajo académico de una investigadora nombrada como “Cecé”, quien estudia temas de memoria colectiva sin ser familiar de víctimas de la dictadura y se interroga acerca de quiénes “portan la legitimidad del recuerdo” (Pérez, 2021, 183).

Esta indagación de Cecé genera el efecto en MEP de dejar de lado las diferencias con su grupo identitario de base y la obliga a refugiarse en un “nosotros gremial” (limando las diferencias con H.I.J.O.S), lo cual le impide desarrollar sus críticas y los matices de un pensamiento propio y no “gremial”. El cuestionamiento de Cecé la fuerza a usar una prosa “reivindicativa” y llena de “frases prefabricadas”, fuertemente marcadas, para defender la legitimidad del “nosotros” como portadores privilegiados de esa memoria. En una ponencia leída en un congreso frente a MEP, la investigadora Cecé utiliza la figura del “familiar monopolítico” (Pérez, 2021, 184) para abrir una brecha crítica que les permita a los no familiares ser también protagonistas de la construcción de la memoria. Esto despierta una reacción de furia en MEP: “Estoy rabiosa, estoy gritando para adentro. No sabe de lo que habla cuando aboga por incluirse en el duelo por los desaparecidos aunque no tenga un vínculo de sangre” (Pérez, 2021, 184). MEP intenta transmitir su posición a la investigadora pero el diálogo no prospera. De hecho MEP constata que Cecé posteriormente incluyó este altercado en un escrito afirmando que fue acusada de “infiltrada” por una “familiar”, de alguna manera reforzando su posición inicial: los familiares monopolizan el recuerdo.

A lo largo del *Diario* se puede apreciar el relato completo de la evolución de MEP, desde la adolescencia cuando comienza un recorrido militante y político hasta el presente, cuando está consolidada como una intelectual comprometida con la causa de los DD.HH y como una escritora-artista reconocida por sus pares. Esa identidad personal se constituye en relación con identidades sociales-políticas que la contienen y a la vez, por momentos, la constriñen, dejando sin embargo margen para el despliegue de críticas. Así, queda claro que las identidades, más que responder a una ontología (“ser hija/o/e”) son, como dice Stuart Hall “puntos de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que construyen las prácticas discursivas” (2003, 19). Lo vemos cuando la Princesa dice: “He sabido ponerme anteojos- que no necesito- para hablar en tercera persona del temita, con un registro ligero y casual, mientras proyecto un power point hecho con la plantilla oficial de la uni” (Pérez, 2021, 230). “Y también me ha tocado el papel más relajado de escritor, ¡de escritora y huérfana!, en el que una puede hacerse un poco más la loquita porque de todos modos están esperando a la famosa Princesa Montonera con toda su excentricidad, sufrimiento y encanto” (Pérez, 2021, 230). Más luego, al avanzar con su trabajo de tesis doctoral dirá: “Soy la Chica Científica, mi identidad más presentable de todas, postprincesa” (Pérez, 2021,234), lo que no significa que la identidad se estabilice en este punto. De hecho, mediante un nuevo epígrafe colocado cerca del final del libro, la autora nos dice, citando una canción de Juana Molina: “algún día voy a ser otra”.

Escoger la herencia (política)

En el *Diario* hay una escena que me parece significativa para introducir el tema de la herencia política. En ella la abuela Site le regala su vestido de novia a la Princesa. Ella se lo prueba y siente la presencia de la madre, a quien llama reiteradamente el “fantasma”⁵. MEP dice que su madre “Quizá quiere que me haga un vestido enteramente mío, nuevo, sin historia”. (...) “Yo dudo. El regalo de Site me pesa. Hasta que pienso que soy vintage, soy la niña-vieja criada por los abuelos, la que teje crochet, la que dice: entre pitos y flautas se hicieron las doce, y no es un chiste, la custodia de fotos, cartas, libros, platos, copas, tantas cosas, demasiadas, pero mías. Y esto es lo que hago con todo eso: tomar lo que me gusta, transformarlo, hacer de eso heredado algo propio” (Pérez, 2021, 127).

Son palabras casi calcada a las utilizadas por Jacques Derrida, evocado en el propio texto de MEP más adelante, quien, teorizando sobre el tema de los legados dice: “No [debemos] solo aceptar dicha herencia, sino reactivarla de otro modo y mantenerla con vida. No escogerla (porque lo que caracteriza la herencia es ante todo que no se la elige, es ella la que nos elige violentamente), sino escoger conservarla en vida. En el fondo, la vida, el ser-en-vida, se define acaso por esa tensión interna de la herencia, por esa reinterpretación de la circunstancia del don, hasta de la filiación. Esa reafirmación que al mismo tiempo continúa e interrumpe se asemeja, por lo menos, a una elección, a una selección, a una decisión” (Derrida, 2003)

Esta construcción de la herencia que hace MEP no tiene que ver solamente, por supuesto, con objetos y bienes materiales sino que incluye la dimensión política que fue central en la identidad de padres militanes. Podemos apreciarlo cuando ocurre la muerte de Néstor Kirchner en 2009 y ella dice: “Pienso en la genealogía mítica que se armó, las madres/abuelas, los desaparecidos y él, y los hijos otra vez huérfanos (al morir Néstor) (Pérez, 2021,148). (...) Gabriel escribió en su libro: *Si el trauma es un problema, la filiación es la solución (...)* Pocas veces como esta la acción política encontró en el nomenclador de la familia moderna su referencia” (Pérez, 2021, 148).

Como se ve, la filiación básica de los sujetos “hijos” implica una afiliación política. De acuerdo al modo en que se configuró el reclamo de justicia en argentina, ser abuela y madre de desaparecidos es ser luchadora por los DD.HH, y el modo básico de ser para un hijo es integrarse a esa lucha por la justicia y revalorizarla, es decir volver a poner en vigencia una serie de valores. La noche del entierro de Néstor Kirchner, viendo televisión y tomando whisky, MEP dice: “la flasheo muy profundo con la política, con la revolución, con la patria. Lloro sin fin, sin consuelo. Es un llanto distinto. Ya no es por él. Lloro por lo maravilloso que sería creer de verdad en todas estas lágrimas, creer de verdad en estas pasiones. Lloro por Paty y Jose. Lloro porque por un momento, ebria de

5 Como es sabido, el tema de los desaparecidos fue ampliamente trabajado a partir de la categoría de lo espectral. Para una revisión reciente de esta categoría se puede ver: “El tiempo de los espectros”, Silvana Mandolessi, (2017, pp.49-70).

cánticos y drogada de consignas, gracias Néstor, fuerza Cristina, por momentos me lo creo” (Pérez, 2021, 149).

Este es el pasaje principal, el umbral de la figura utópica que creemos distinguir en algunos textos del corpus, el momento de mayor distancia con respecto al horizonte epocal con visos nihilistas que impera en el presente. La muerte del líder político compañero de los padres casi se identifica con la muerte de los propios padres porque la razón de ser de los padres fue la misma que la de Néstor (la transformación social); hay un momento de identificación, casi de asunción de la misma causa. Este es un instante eufórico, extático (los sentidos abotargados, la droga de las consignas como instancia encantatoria); se *quiere* creer en la revolución pero el horizonte epocal es, si no nihilista, al menos escéptico e irónico. Sin embargo, en contra de esa evidencia, ella “se lo cree”. Como ha dicho recientemente Jorge Alemán, salir del nihilismo es, ya, una orientación utópica: “salir del nihilismo no es [solo] abrazar una fe (...), es concebir cada vida sexuada, mortal y parlante como la posibilidad de un invento, como la creación de un lazo social que hunda tanto su experiencia en la Soledad como en lo Común y deje atrás el Nihilismo depresivo del mundo actual. Ahora más que nunca transformar lo colectivo es examinar la propia ética de vida en cada uno” (Alemán, 2020). El impulso utópico implica la creencia en que es posible, sin perder la individualidad, participar de la invención de nuevas formas de comunidad. No se trata de una tentativa de restablecer órdenes sociales pasados de manera idéntica sino de anudar el presente a experiencias históricas significativas para construir algo nuevo en el futuro con los elementos con los que contamos en el presente. En repetidas ocasiones el filósofo Fredric Jameson insistió, por un lado, en que el germen de un mundo nuevo está en este mundo: “Marx nos enseñó que si algo como el socialismo era posible tendría que estar desarrollándose al interior del capitalismo” (Jameson, 2013, 410); y, por otro, en la importancia que la literatura tiene para el despliegue de visiones utópicas realizables: “la forma utópica es en sí una meditación representativa sobre la diferencia radical, y sobre la naturaleza sistémica de la totalidad social, hasta el punto de que uno no puede imaginar ningún cambio fundamental de nuestra existencia social que antes no haya arrojado visiones utópicas en el arte” (Jameson, 2004, 9). En este sentido, la utopía no es una fantasía para evadirse de la realidad sino el germen del cambio social en curso; tener/imaginar/crear una utopía, o ser un utópico es, en este marco, asumir la responsabilidad de tomar parte en el cambio social, es decir, involucrarse en una praxis política.

Esta condición “utópica” está en correlación con una de las funciones del Relato Maestro de los hijos: la capacidad de poner en perspectiva histórica las conductas de los actores sociales de los ‘70. De ello se desprende que a mayor flexibilidad y tolerancia de las contradicciones, mayor es la posibilidad de actuar políticamente en el presente. En el libro de MEP esto es evidente cuando ella juzga a una testigo que era vecina de Dora, la apropiadora de su hermano Gustavo. Esta mujer declara y dice que no se había dado cuenta de que Gustavo era un niño apropiado. Primero, al oírla, MEP la

juzga con dureza. Luego habla con la señora y concluye: “¿De qué puedo acusarla, de no haberse enterado, de no haberse dado cuenta? Al contrario, me parece revelador, me hace pensar cómo el terror alcanzó otros hogares, cómo lo que pasó, aunque en ese momento no se supiera, sigue pasando, sigue provocando espanto y dolor hoy” (Pérez, 2021, 318). En otro momento se encuentra con una hija “que supo ser reclutada por las huestes de la concordia y la memoria completa” (Pérez, 2021, 354) con respecto a la cual tiene una mirada también comprensiva aunque ideológicamente estén en posiciones opuestas.

A su vez, esta función está en relación con otra que nombro como la “evaluación global de la acción de los padres por parte de los hijos”. En relación con esta función del Relato Maestro, MEP también exhibe una gran lucidez. Viendo en canal Encuentro “Las aventuras de Zamba”, la Princesa inventa un capítulo que involucra a sus padres: “aparece Niña (la partenaire de Zamba) que es hiji, viene del futuro como yo en mi sueño e intenta avisarles a Ramus y Abal Medina que caerán en combate, que no vale la pena morir ese día, que morirán miles de las peores maneras y no habrá revolución alguna, que vivir también requiere valor, que es político e incluso puede ser heroico criar un hijo” (Pérez, 2021, 332). Creo que está implícita aquí una idea sobre la que hay un amplio consenso en los textos del *corpus*. Los ideales de los militantes fueron nobles, los valores de los padres están vigentes, lo que falló fue el medio, la lectura de la realidad, el cálculo de fuerzas, la opción armada, la precipitación, en definitiva, la estrategia política. Esto se hace evidente cuando MEP revisa su juicio sobre su primo Marcelo. Él estaba de acuerdo con el padre de MEP en cuanto que la situación social de los trabajadores era injusta y requería acciones políticas drásticas, pero no estaba de acuerdo “en los métodos” [de la lucha], “claro, siempre los famosos métodos” (Pérez, 2021, 365), dice MEP. En el comentario de la Princesa queda implícita una aporía que da cuenta de su lucidez política: hoy es un lugar común cuestionar la lucha armada porque, como ella misma dice, los resultados políticos fueron desastrosos. Pero en aquel entonces, ¿qué otros medios más efectivos estaban disponibles? MEP no descalifica, no ofrece respuestas “con el diario del lunes”, plantea la complejidad de la coyuntura. Del mismo modo entiende que Marcelo es una “víctima silenciosa” de la dictadura. Solo por ser primo del padre de MEP corrió un gran peligro. Ideológicamente simpatiza más con la derecha que con la izquierda y “hasta tiene amigos militares”. Sin embargo mostró valor e integridad, comprometiéndose con la verdad para esclarecer el caso de Mariana Eva. La autora concluye que la expresión “víctima de la dictadura tiene tantos matices como para desarrollarlos en un proyecto de posdoctorado” (Pérez, 2021, 366). La captación de matices, la apreciación de las contradicciones y la distinción de los contextos históricos se conjugan a lo largo del libro con el compromiso con la verdad y la entereza para sacarla a la luz, configurado una herencia política que, como dijimos, surge de una serie de elecciones y de un trabajo.

Conclusión

El *Diario* de MEP convoca en sus páginas los demás libros del *corpus* y a sus autores. No solo narra un encuentro con Félix Bruzzone y hace mención a los libros de Julián López y de Marta Dillon sino que también se refiere a la obra de Patricio Pron, central en el corpus de hijos⁶. Allí encontramos una justificación de la participación de los autores con distintas trayectorias en el mismo grupo-corpus, aun de aquellos que no tienen padres desaparecidos y que han sido nombrados como “hijos afiliativos”⁷. “Con Patricio se me revela que hay zonas de experiencia en común que no coinciden con las categorías con las que desde la academia, las leyes o los medios se trata de dar cuenta de nosotros. Ahora abjuro del término “hiji” y milito el posthijismo (...) Hay experiencias cualitativamente similares que desbordan nuestras condiciones de «hija/huérfana de desaparecidos» e «hijo de militantes» (...) Lean lo que dice Derrida sobre la herencia y si no entienden lo de la inyucción de reafirmar eligiendo...” (Pérez, 2021, 266). El *Diario* no solo justifica nuestra idea inicial de que el *corpus* de hijos está consolidado al citar los textos de la serie sino que también evoca las categorías teóricas que, incluso antes de la publicación de este libro, habíamos pensado apropiadas para abordarlo.

Por último nos parece que los epígrafes citados, los cuales proceden de algunas ligeras y alegres letras de canciones y parecen funcionar como separadores casuales, pueden ser leídos como cifras de los núcleos de significación propuestos. En primer lugar, la pregunta “¿qué hora es en el paraíso?” de Amadou & Mariam nos reenvía, por un lado, al “cielo” donde están los antepasados muertos y, a la vez, trae el matiz utópico que subrayamos. Pero en tensión con esa significación está la frase “No quiero cantarles a los que están ausentes. Quiero cantarles a los que están presentes”, rompiendo con la lógica del homenaje continuo a los muertos y planteando una conexión con los contemporáneos. Y por último la frase “alguna día voy a ser otra distinta” trae nuevamente la dimensión temporal futura, el deseo de pasar a un *más allá* del lugar de la orfandad y asumir con plenitud otros roles deseados.

⁶ Pron, Patricio: *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia*. Buenos Aires: Mondadori, 2011.

⁷ Los padres de Pron fueron militantes pero no están desaparecidos. Basile (2019, 19) recupera el término “hijos afiliativos”, tomado de I. Logie (2016), para referirse “quienes sienten una pertenencia generacional desde la cual se manifiestan”.

Bibliografía

Alemán, Jorge: “Nihilismo y gobiernos populares o de izquierda”, en Diario *Página/12*, 12 enero de 2020.

Basile, Teresa: *Infancias, la narrativa argentina de HIJOS*, Villa María: Eduvim, 2019.

Derrida, Jacques: *Y mañana qué...* (Entrevista con Élisabeth Roudinesco), Buenos Aires. FCE, 2003 disponible en

Jameson, Fredric: *The Political Unconscious*, Cornell University Press, 1982.

Jameson, Fredric: *Arqueologías del futuro. El deseo llamado utopía y otras aproximaciones a la ciencia ficción*, Madrid: Akal, 2009.

Jameson, Fredric: *Valencias de la dialéctica*, Buenos Aires: Eterna cadencia, 2013.

Hall, Stuart y du Gay, Paul: “Introducción: ¿Quién necesita identidad?”, en *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

Mandolessi, Silvana: “El tiempo de los espectros”, en *El pasado inasequible: desaparecidos, hijos y combatientes en el arte y la literatura del nuevo milenio*, Saúl Sosnowski ... [et al.]; compilado por Silvana Mandolessi; Jordana Blejmar; Mariana Eva Pérez. - 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Eudeba, 2017.

Musitano, Julia: “La autoficción: una aproximación teórica. Entre la retórica de la memoria y la escritura de recuerdos”, en *Acta literaria* n° 52, primer semestre, 2016.

Corpus de hijos

Aiub, Juan: *Los mundos que perdimos*. La Plata: Editorial EME, 2021.

Alcoba, Laura: *La casa de los conejos*. Buenos Aires: Edhasa, 2008.

Alcoba, Laura: *Los pasajeros del Anna C*. Buenos Aires: Edhasa, 2012

Alcoba, Laura: *El azul de las abejas*, Buenos Aires: Edhasa, 2014, 128 págs

Alcoba, Laura: *La danza de la araña*, Buenos Aires: Edhasa, 2017.

Bruzzone, Félix: *76*. Buenos Aires: Editorial Tamarisco, 2007

Bruzzone, Félix: *Los topos*. Buenos Aires: Mondadori, 2008.

Bruzzone, Félix: *Las chanchas*, Buenos Aires: Literatura Random House, 2014.

Bruzzone, Félix: *Campo de mayo*, R. H. Mondadori, Buenos Aires: 2019.

Carri, Albertina: *Lo que aprendí de las bestias*, Buenos Aires: Literatura Random House, 2021

Dillon, Marta: *Aparecida*, Buenos Aires: Sudamericana, 2015. López, Julián. *Una muchacha muy bella*. Buenos Aires: Eterna cadencia, 2013.

Pérez, Mariana Eva: *Diario de una princesa montonera. 110% verdad*. Buenos Aires: Planeta: 2021. [primera edición, Buenos Aires: Capital intelectual, 2008].

Pron, Patricio: *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia*. Buenos Aires: Mondadori, 2011.

Pron, Patricio: *Una puta mierda*, Buenos Aires: El cuenco de plata, 2007.

Pron, Patricio: *Nosotros caminamos en sueños*, Buenos Aires: Mondadori, 2014.

Pron, Patricio. *No derrames tus lágrimas por nadie que viva en estas calles*. Buenos Aires: Mondadori, 2017.

Robles, Raquel: *Perder*, Buenos Aires: Alfaguara, 2008.

Robles, Raquel: *Pequeños combatientes*, Buenos Aires: Alfaguara: 2013.

Robles, Raquel: *Papá ha muerto*, Buenos Aires: Factotum, 2018.

Robles, Raquel: *Hasta que mueras*, Buenos Aires: Factotum, 2019.

Santucho, Mario (h). *Bombo, el reaparecido*, Buenos Aires: Seix Barral, 2019.

Semán, Ernesto: *Soy un bravo piloto de la nueva China*. Buenos Aires: Mondadori, 2011.

Schmucler, Sergio: *Detrás del vidrio*, Siglo XXI, 2000.

Urondo Raboy, Ángela: *¿Quién te creés que sos?*, Buenos Aires: Capital intelectual, 2013.